



JUBILEO
2025

LA EUCARISTÍA

alimento de la Sinodalidad



Diócesis
de
Canarias

La Eucaristía, alimento de la Sinodalidad

La **asamblea eucarística** es la expresión y actualización más básica, y por tanto más universal, de la vida sinodal porque la gracia de la Eucaristía es la comunión con Dios y con los demás.

Así, podemos decir que la naturaleza sinodal de la Iglesia se realiza y expresa ordinariamente en la Eucaristía, “fuente y culmen de la vida cristiana”.¹



(1) “Sacrosanctum Concilium, 10”

1 Los cristianos somos convocados, nos reunimos y todos celebramos.

Lo primero que hacemos los cristianos, al acudir a la Eucaristía, es reunirnos y compartimos con otros cristianos, somos invitados y convocados a celebrar la Eucaristía.

Y la Eucaristía empieza con la **señal de la cruz**. Toda la oración se mueve, por así decir, en el espacio de la Santísima Trinidad —«En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo»—, que es espacio de comunión infinita.

El concepto de comunión está “en el corazón del autoconocimiento de la Iglesia”; porque ella es misterio de la unión personal de cada persona con la Trinidad divina y con las otras personas, a partir de la fe, y que se orienta a la plenitud de la Iglesia del cielo. Esta es la **actitud sinodal** prioritaria.

Marcándonos con la señal de la cruz, por tanto, no solo recordamos nuestro Bautismo, sino que afirmamos que la oración litúrgica es el encuentro con Dios en Cristo Jesús, que por nosotros se ha encarnado, ha muerto en la cruz y ha resucitado glorioso.

El sacerdote, por tanto, dirige un saludo litúrgico, con la expresión: «El Señor esté con ustedes» y la asamblea responde: «Y con tu espíritu».

Necesitamos la reconciliación

Los que nos reunimos para la Eucaristía somos pecadores. La Eucaristía no es sólo para los santos: es la **fuerza** y la **medicina** que Jesús pensó darnos para nuestro camino: él mismo se ha hecho nuestro alimento, en la Palabra, y en su Cuerpo y Sangre.

Precisamente porque somos débiles y pecadores, normalmente la Eucaristía empieza con un acto penitencial: “Yo confieso...”, o bien: Señor, ten piedad”.

Por medio del **Acto penitencial**, la reconciliación hace que la asamblea celebrante reconozca la misericordia de Dios y hace que los acontecimientos sinodales también se vivan en la vivencia de la Misericordia de Dios que cuida de nuestras fragilidades.

“Dios no es un dios riguroso que derrota al mal con el poder en lugar del perdón. Dios salva con misericordia, con amor no con la fuerza, se propone sin imponerse. Para perdonar es necesario dejar de lado la pretensión de creernos justos, y que los malos son los demás. Es necesario sentir la necesidad de ir al Señor, que nos está esperando para perdonarnos.”

Papa Francisco,
Angelus, 15 de septiembre de 2019

2 La escucha de la Palabra de Dios

En la **Liturgia de la Palabra**, la Iglesia aprende y vive en la escucha de la voz de Dios, o sea, aprende a dialogar, rasgo tan fundamental en la sinodalidad.

Esta **estructura dialógica de la liturgia** es un paradigma del diálogo en el discernimiento comunitario: antes de escucharnos unos a otros, debemos escuchar primero, en contemplación orante, la palabra de Dios, para poder discernir verdaderamente su voluntad para nuestra comunidad.

“Celebramos” la Palabra, para asimilarla y luego llevarla a la práctica en la vida de cada día. Nos miramos al espejo de la Palabra para ir conformando nuestra mentalidad a la de Dios. Unas veces nos consuela y nos anima. Otras, juzga y desautoriza nuestro estilo de vida y nos invita a la conversión. Siempre nos ilumina, nos estimula, nos alimenta.

Los cristianos, en cada Eucaristía, somos invitados a una **doble mesa**: la mesa de la Palabra y la mesa del Cuerpo y Sangre de Cristo.

Cristo Jesús se nos da en alimento en las lecturas. Ya “comemos” y “comulgamos” a Cristo como Palabra. O sea, le escuchamos, le admitimos dentro de nosotros, asimilamos su Palabra, para llevarla a la práctica, aceptando su mentalidad y su estilo de vida. No sólo cuando es fácil, sino también cuando nos parece exigente.

La **Palabra** es siempre un acontecimiento nuevo. Cada vez que se proclama en nuestra celebración, nos habla Dios. No leemos las páginas bíblicas para enterarnos de algo que no sabemos, sino para oír en ellas la voz viva de Dios que hoy y aquí nos dirige su Palabra a nosotros, para iluminarnos y fortalecernos para nuestro camino de cada día. Y pide de nosotros que le demos una respuesta existencial en nuestra vida.

“Por tanto, todo el que oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca”.

Mateo 7-24

3 Ofrecemos la Eucaristía y nos ofrecemos en la Eucaristía

¿En qué sentido podemos decir que ofrecemos el **sacrificio** de la Eucaristía?

El sacrificio lo realizó Jesús de Nazaret, hace dos mil años. Se ofreció a sí mismo a Dios, en solidaridad con todos, hasta las últimas consecuencias.

La muerte de Jesús en la cruz es de una vez por todas el sacrificio perfecto, el que sustituía a los sacrificios de Israel y de todas las religiones. No fue una ofrenda de animales o de cosas. Fue la ofrenda de su propia persona.

Él era el Hijo de Dios y nuestro Hermano. Así se restableció la Alianza entre Dios y la Humanidad. En la Eucaristía celebramos el memorial de ese sacrificio, que el mismo Señor actualiza para nosotros para hacernos partícipes de su entrega pascual de hace dos mil años.

El **memorial** no es un mero recuerdo del pasado. Siempre supone una mirada al presente y al futuro con la convicción de que lo pasado se actualiza hoy, y que el futuro ya se anticipa de alguna manera.

Los cristianos celebramos el memorial del sacrificio de Cristo:

- > en cada Eucaristía celebramos el memorial de su muerte salvadora (el pasado),
- > pero estamos convencidos de que él se hace presente entre nosotros y nos hace partícipes cada vez de su Pascua, dándonos su Cuerpo y su Sangre (el presente),
- > y así nuestra Eucaristía nos va ayudando en nuestro camino hacia la plenitud final de su Reino (el futuro). (1 Cor 11,26)

Ofrecemos el sacrificio de Cristo

A nuestra Eucaristía le llamamos con razón “el sacrificio de la misa”.

En ella Cristo actualiza para nosotros el único sacrificio de la Cruz. Nos da su “cuerpo entregado por vosotros”, su “Sangre derramada por vosotros”.

Y nosotros tomamos tan en serio esta entrega de Cristo, que la hacemos propia y la ofrecemos a Dios Padre:

“Al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación” (Plegaria eucarística II)

Pero también nos ofrecemos

Nuestro memorial no es pasivo: no sólo recordamos, agradecidos, el sacrificio pascual de Cristo, sino que la ofrenda de Cristo se convierte también en auto-ofrenda de la comunidad.

Tomamos tan en serio su sacrificio que lo hacemos nuestro, que entramos en él, nos incorporamos a él, y así toda nuestra vida se convierte en materia de la Eucaristía: nuestras alegrías y penas, nuestros esfuerzos y actividades, toda nuestra existencia, se une a la ofrenda pascual de Cristo. No le añadimos nada, pero sí participamos en ella.

“Que él (el Espíritu) nos transforme en ofrenda permanente” (Plegaria eucarística III)

No olvidemos que nuestra eucaristía es un acto eclesial

No solo porque estamos reunidos en comunidad sino porque en cada eucaristía se hace presente la Iglesia de Cristo.

Por eso en la **Plegaria Eucarística**, el sacerdote reafirma nuestra unión con la Iglesia, la de los bienaventurados que ya gozan de Dios, la de los difuntos, a los que nos sentimos muy unidos y también a las comunidades cristianas esparcidas por todo el mundo, y nombra siempre al Papa, centro de unidad de toda la Iglesia, y al obispo de la propia diócesis.

4 **Comunión.**

Comulgamos con Cristo que verdaderamente se hace presente en la Eucaristía.

Después de comulgar con Cristo-Palabra, somos invitados a comulgar con Cristo-Pan de Vida. El que se nos ha entregado como la Palabra viviente de Dios, que ilumina nuestra vida, ahora se nos da en su Cuerpo y Sangre.

Esto sucede porque el sacerdote ha invocado sobre ellos la acción del Espíritu Santo (**epiclesis**):

“Derrama la fuerza de tu Espíritu, de manera que este pan y este vino sean para nosotros Cuerpo y Sangre de tu amado Hijo Jesucristo”,

No olvidemos que nuestra eucaristía es un acto eclesial

y porque ha repetido las palabras que hace dos mil años dijo Jesús de una vez para siempre:

“tomad y comed: esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre”.

Por eso la Eucaristía es la presencia real de Cristo. La Iglesia enseña que, en el momento de la consagración, el pan y el vino se convierten (**transustanciación**) en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, aunque se conservan las apariencias de pan y vino.

Esta presencia es real y substancial. Cristo está realmente presente en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Por eso la Eucaristía es adorada en la Iglesia.

Cristo, en el banquete de la Eucaristía se nos ofrece como nuestro Alimento Espiritual

La Eucaristía es nuestra comida espiritual. El pan y el vino humanos alimentan y alegran nuestra vida. Pero Cristo ha querido prepararnos un **banquete** donde él mismo se nos da como alimento y alegría espiritual.

Y lo ha hecho con un signo que todos entienden: comer pan y beber vino.

En este sacramento se nos da él mismo como “viático”, o sea, como alimento para el camino. Porque ya sabía que este camino nos iba a resultar muchas veces difícil.

Reavivamos así la experiencia de los discípulos de Emaús (Lc 24, 31).

La Eucaristía alimenta la esperanza y la caridad

La Eucaristía nos llena de consuelo y nos comunica la vida del Resucitado. Este es fente de nuestra esperanza que no nos hace desentendernos del mundo, sino que nos urge a aprender la gran lección de Jesús, que estaba en medio de la comunidad no para ser servido, sino para servir.

No podemos separar nuestro “sí” a Cristo del “sí” al hermano.

Y entramos en comunión con Cristo y los hermanos

La **comunión** es el momento culminante de la Eucaristía. Su gesto principal. La celebración está orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros.

Es el momento en que debemos expresar nuestro más profundo respeto y agradecimiento al que ha querido ser nuestro alimento para el camino.

La comunión tiene otra dimensión importante: nos va construyendo como comunidad fraterna, porque comulgamos juntamente con otros. Es en la comunión donde se experimenta sacramentalmente la unidad en la diversidad.

Recibimos el **Cuerpo eucarístico de Cristo**, para que vayamos siendo cada vez más claramente el Cuerpo eclesial del mismo Cristo.

“Siendo muchos, somos un solo cuerpo porque todos participamos de un solo pan” (1 Cor 10,17).

“Somos” (un cuerpo, una comunidad) porque “participamos” (la Eucaristía nos va construyendo como tal comunidad).

5 Misión.

Si al principio de la Eucaristía nos sentíamos **convocados**, al final deberíamos considerarnos **enviados**. Esta celebración no es algo aislado, sin relación con lo anterior y con lo siguiente.

Entramos a la Eucaristía “cargados con nuestra vida” y salimos de ella con el encargo de “dar testimonio en la vida” de lo que acabamos de escuchar y celebrar. Se trata de la **misión**.

La comunión realizada por la Eucaristía impulsa hacia la misión. El que participa del Cuerpo de Cristo está llamado a compartir la alegre experiencia con todos. Cada acontecimiento sinodal estimula a la Iglesia para que salga del campamento (cfr. Heb 13,13) para llevar a Cristo a los hombres que esperan su salvación.

El sacerdote, a continuación, nos despide con el “*Pueden ir en paz*”, a lo que contestamos “*Demos gracias a Dios*”, y así da por concluida nuestra reunión dominical.

¿Pueden ir en paz?

Al final oímos el “pueden ir en paz ²”. A lo que contestamos “demos gracias a Dios”, no ciertamente en el sentido de que “finalmente ha terminado esto”.

Continúa el domingo. Continúa la vida.

Este “pueden ir en paz” lo deberíamos interpretar, no ciertamente como “aquí no ha pasado nada”, sino como un envío a la vida para crecer en sinodalidad en lo cotidiano y así prolongar la Eucaristía.

Es decir, de la vida venimos a la Eucaristía y de la Eucaristía volvemos a la vida.

(2) En latín se expresa “*ite missa est*” (la misa ha terminado) de ahí viene el nombre de misa para referirse a la celebración eucarística.

No podemos vivir sin la Eucaristía

La comunidad cristiana lleva ya dos mil años celebrando este sacramento con gozo y gran fruto: se reúne, escucha la Palabra y recibe el alimento eucarístico de su Señor. En esta celebración, de modo privilegiado, va reconstruyendo continuamente sus propias raíces y se mantiene fiel a su fe, enraizando su **identidad sinodal**. ³

La Eucaristía no es sólo un precepto. Ni sólo un momento de religiosidad que puede darnos paz y sosiego interior. Son tan importantes los valores que comporta, que la conciencia de su obligatoriedad para un cristiano le nace de dentro. Así lo entendió la comunidad cristiana desde el principio. ⁴

Podemos concluir que, en las circunstancias actuales, en medio de una sociedad secularizada y profundamente individualista, una familia, o una comunidad, o un joven cristiano, no podrán mantener su fe y su identidad si no son fieles a este encuentro semanal con la comunidad y con el Señor, con su Palabra, con su Alimento de Vida Eterna.

(3) “Debemos dar un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo...: es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios, en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión...” - (San Juan Pablo II, *Novo Millennio ineunte*, 35-36).

(4) El año 304, en Abitene, en el norte de África, los cristianos sufrieron una dura persecución, la de Diocleciano. Un domingo entraron los policías romanos y les prohibieron celebrar la Eucaristía, a los que contestaron: “sin el Domingo, no podemos vivir”